

Afuera del castillo de vampiros todo es posible

Hace algunos años una amiga me comentó que ella creía que la depresión que padecía Fisher se había vuelto un monstruo incontrolable en sus últimos años de vida, como consecuencia de los efectos que tuvo sobre él la oleada de reacciones a su artículo "Saliendo del Castillo de los Vampiros". Como digo yo, todas tenemos nuestras propias hipótesis sobre la decisión tomada por Fisher, y no me importa si son verdaderas o falsas, pues nunca lo sabremos. Quizás su historia personal no sea tan importante, pero la intuición de esta amiga dejó sobrevolando un malestar que me ha llevado a decidir realizar la última de las cápsulas de esta serie sobre todas las problemáticas que borbotan en este texto.

Vivimos una época política de tabúes y trincheras, y al mismo tiempo reconozco que siento que todo es lo suficientemente complejo como para sentirme incapaz de posicionarme respecto a determinados sucesos, los cuales se traducen en tormentas de rayos y truenos en las redes sociales. A veces necesito tomar aire e imaginar que pensaremos de este tiempo dentro de 10 o 20 años: si resultará que estábamos en un necesario momento estratégico donde dividirnos tenía cierto sentido, si entenderemos que necesitábamos armarnos de políticas de la cancelación inflexibles para poder realmente transformar el tablero y hacer justicia.... No sé, me leo escribiendo estas palabras y reconozco que borro más que escribo porque me siento en la encrucijada acerca de qué es lo políticamente correcto que debería escribir. Recuerdo una conversación este verano con dos amigas donde llegamos a la conclusión de que todas estas cuestiones parecían encerrarnos en binomios que no nos llevaban a ningún sitio. Las tres decidimos que teníamos que esforzarnos en sentir y pensar fuera de estos marcos dicotómicos, abrazar las impurezas y ser lo más justas con cada situación sin otorgarnos una moral prístina capaz de distinguir sin fisuras entre el bien y el mal.

Quizás es que ni el bien es tan bueno ni el mal es tan malo, y puede ser que en ocasiones nos sintamos perdidas y no pase nada. Siento que estamos tan dañadas, tantos siglos violentándonos, matándonos y silenciándonos... Tanto derecho, por lo tanto, a politizar nuestro resentimiento, hasta a que aparezcan, incluso, destellos de sed de venganza. Pero, ¿para quién? Me pregunto si lo que necesitamos es reconocernos el derecho al balbuceo, a equivocarnos, a conjurar un territorio donde estar en el fango y sensibilizarnos juntxs, intuyendo que lo correcto quizás ni siquiera existe, y que cuidarnos y hacer política tiene que ver, más bien, con sabernos en eterno aprendizaje.

Fragmento de "Saliendo del castillo de vampiros", de Mark Fisher:

El Castillo de los Vampiros se especializa en propagar la culpa. Lo animan el deseo de sacerdote de excomulgar y condenar, el deseo de académico pedante de ser el primero en detectar un error, y el deseo de hípster de estar entre las personas más populares. El riesgo de atacar al Castillo de los Vampiros es que podría parecer que uno atacara las luchas contra el racismo, el machismo, el heterosexismo (y el Castillo hará todo lo posible para reforzar esta idea). Pero, lejos de ser la única expresión de esas batallas, el Castillo de los Vampiros se entiende mejor como una apropiación, una perversión burguesa y liberal de la energía de esos movimientos. El Castillo de los Vampiros nació cuando la lucha por no ser definido a través de categorías identitarias se transformó en la búsqueda de tener "identidades" reconocidas por un gran Otro burgués. El privilegio del que sin dudas disfruto por ser un hombre blanco consiste en parte en no ser consciente de mi origen étnico ni mi género, y que te llamen la atención acerca de estos puntos ciegos es una experiencia reveladora. Pero en lugar de buscar un mundo en el que todos estén libres de clasificaciones identitarias, el Castillo de los Vampiros busca encerrar a la gente en sus indenti-campos, donde quedará para siempre definida según parámetros establecidos por el poder dominante, paralizada por la conciencia de sí misma, aislada por una lógica de solipsismo que insiste en que no podemos entendernos entre nosotros a menos que pertenezcamos al mismo grupo identitario.

Noté que hay un fascinante mecanismo mágico de negación y proyección invertida, según el cual la mera mención de la clase automáticamente es considerada como si uno quisiera degradar la importancia de la raza y el género. En realidad ocurre exactamente lo contrario: el Castillo de los Vampiros usa un concepto en definitiva liberal de la raza y el género para opacar la clase. En todas las twitterstorms absurdas y traumáticas que hubo este año acerca de los privilegios fue notable que la discusión del privilegio de clase estuviera por completo ausente. La tarea, como siempre, sigue siendo la articulación de clase, género y raza; pero la jugada inicial del Castillo de los Vampiros es la desarticulación de la clase respecto de las otras categorías.

Clara Serra es filósofa. Ha trabajado como profesora de esta materia durante años y actualmente trabaja como investigadora en la Universidad de Barcelona. Ha tenido un papel significativo en la política institucional como responsable de igualdad de Podemos durante años y como diputada en la Asamblea de Madrid durante la X Legislatura. Ha escrito *Leonas y zorras. Estrategias políticas feministas* (2018, Catarata) y *Manual Ultravioleta* (2019, Ediciones B) y ha coordinado el libro colectivo de reciente publicación *Alianzas rebeldes* (2021, Bellaterra). Colabora en medios de opinión como *El Diario*, *Contexto* o *El País* y participa en el colectivo feminista *malasfeministas*.

Núria Gómez Gabriel es doctora en comunicación por la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona con la tesis *Espectropolíticas. Imagen y hauntología en las prácticas artísticas contemporáneas*, 2020. Su práctica profesional atraviesa las pedagogías críticas, la escritura, la investigación artística y el comisariado de exposiciones. En líneas generales, su investigación se centra en observar cómo se configuran los imaginarios del poder y la relación que estos guardan con los modos en los que la tecnología materializa la memoria. Trabaja como docente en el Máster Universitario de Pensamiento Crítico en Culturas Visuales del ESCAC (Terrassa) y en el Grado en Arte y Diseño de la Universidad Autónoma (Barcelona). Coautora del libro *Love me, Tinder* (Temas de hoy, 2019). Publica en diversas plataformas culturales como TEXTE ZUR KUNST, CCCBLAB Investigación e Innovación en Cultura, A*Desk Critical Thinking o TEATRON. Ha colaborado en instituciones como CCCB, MACBA, Fabra i Coats, Arts Santa Mònica, Hangar, Tabakalera, Centro de Arte dos de Mayo, Bòlit Centre d'Art Contemporani y La Casa Encendida, entre otras.

Marta Echaves es coordinadora de actividades de la editorial Caja Negra. Ha impartido varios seminarios sobre la obra de Mark Fisher (La Central, Pòls) y recientemente ha estado trabajando en torno en la traducción de su concepto de hauntología en una conferencia titulada *De las Acechanzas* (Festival Domingo, La Casa Encendida). En su ensayo *Confíad en la piedad química* (Workind Dead. Escenarios del posttrabajo, La Virreina Centro de la Imagen) trabajó en torno al binomio farmacología/trabajo siguiendo la estela de políticas del malestar que introduce este autor.